

26-01-96

Goy UAB

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

ABC literario

Poesía

# Las horas quemadas

José Agustín Goytisolo

Lumen. Barcelona, 1996. 98 páginas, 1.700 pesetas

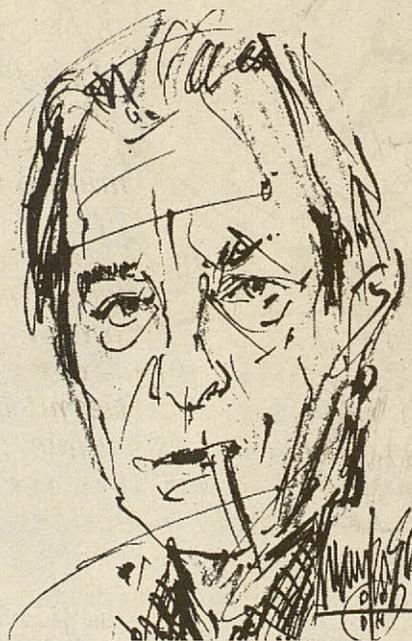
«**H**IJOS del alma que con ella os dejo». Como tales consideraba Miguel de Unamuno a sus versos, negándose por ello a seleccionar: todos tenían derecho a la vida porque todos transmitían algo suyo. Atendiendo a la acumulación de entregas poéticas, se diría que en esa línea proyecta su tarea José Agustín Goytisolo. Con insistencia ha venido él repitiendo que «poeta no es el que siente o se conmueve sino el que hace conmover a los demás»; para ello —añade— hay que evitar «caer en cualquier tipo de formalismo temático que vuelva los escritos muy parecidos los unos a los otros». Entre esos dos polos —voluntad apremiante de comunicación y necesidad de exploración de nuevas vías—, entre Scila y Caribdis, navega su escritura. A mayor abundancia de riesgos, acumula ésta dos elementos que por su propia naturaleza son propicios para descompensar la necesaria contención artística: el componente autobiográfico, que propende a hacerse avasallante, y la perspectiva elegíaca, siempre presta a deslizarse hacia el sentimentalismo.

Buen conocedor del oficio, y hasta de su artificio y trucos, ha procurado J. A. Goytisolo sortear los escollos. «Las horas quemadas» no oculta su estructura autobiográfica: a la primera sección, que se contrae a la etapa barcelonesa de la infancia y de la adolescencia, sucede otra referida a los años universitarios madrileños. Mientras la tercera da pie a melancólicas reflexiones sobre las equivocaciones de la vida, afirma la cuarta y última la salvación en y por el amor de la compañera indefectible.

Una cita de Eugenio Montale elegida como lema revela la conciencia estética de los escollos apuntados y señala el objetivo: «En cada vida hay muchas vidas;/no son Memorias. Son imágenes». Al tiempo que se afirma ahí el propósito de afrontar la verdad de la propia vida en la palabra —«no puede andar atrás/falsear el argumento de la obra/.../Las memorias engañan: no estos poemas» (pág. 59)—, trata de sustentar la verdad estética haciendo que el sujeto poético viva por la fuerza de las palabras con independencia de la anécdota. Difícil cometido cuando, insistiendo una vez más sobre motivos ya tratados en su obra anterior, los poemas se ciñen estrechamente en muchos casos a aquélla. Alcanza J. A. Goytisolo los mejores momentos cuando ejercita la memoria sensitiva, que con tanto acierto cultivaron los poetas de su generación; véase, por ejemplo, el poema inicial que define el marco del retorno por medio de la memoria al mundo de la infancia: «A ojos cerrados/el verdor oscuro y terso de las hojas/sigue brillando sobre el tiempo ido» (pág. 11). Conserva igualmente fresca la capacidad para encerrar en unos pocos versos toda una historia y para crear con el mayor ahorro todo un ambiente; así, cuando para evocar el regreso a casa tras la guerra civil, en uno de cuyos bombardeos había muerto su madre, dice escuetamente: «Regresaron/los cinco a Barcelona: la paz negra/y un nom-

bre que jamás se pronunciaba» (pág. 19). Y vuelve a brillar la fuerza creadora de su ironía en poemas como «Pepito temperamento», donde el sueño infantil de «cow boy» se destruye al ver que en el mostrador del salón le sirven «leche con cacao/que se bebió de un trago antes de irse» (pág. 17).

Anotemos en el haber del libro que al perfilar en esa primera sección el carácter díscolo y rebelde del muchacho (págs. 21 y 23), se está justificando el desvarío del sujeto poético en su vida ulterior. Diré, sin embargo, que la insistencia en la segunda sección, y aun posteriormente, en la narración



de experiencias eróticas, resulta repetitiva y cansina. Es en la tercera parte donde, al margen de ellas, consigue, a mi juicio, Goytisolo su objetivo estético. Ahí, entre la niebla, la bruma y el vaho se mueve una figura que, persiguiendo su identidad, termina por devenir un solitario fantasmal: «Las personas que amó y que ya no existen/escapan de la tierra como hurtándose» (pág. 55); la vida del protagonista «es fuga que semeja/un almacén desmantelado» (pág. 61); y él va hacia la muerte con un andar normal, sabedor de que lo helará como a la flor de almendro el frío de primavera (pág. 63). Culmina la reflexión en una pieza espléndida, en la que la constatación de los cambios reales que observa en el barrio de la infancia reflejan en el espejo su propio cambio personal: «¿Cómo se llama y quién le está siguiendo?/Equivocó su vida: no su barrio» (pág. 71).

Es lo mejor del libro y de lo mejor que Goytisolo ha escrito. A su lado palidece estéticamente el esfuerzo por afirmar el triunfo del viejo amor sobre tantos olvidos acumulados: «Nada olvidó. Afán inútil:/pasan los años y la quiere» (pág. 83). A fin de cuentas, un puñado de «imágenes» vale en este libro por bastantes de sus páginas que, aunque verdaderas, saben a memorias.

**Víctor GARCÍA DE LA CONCHA**  
de la Real Academia Española